



Seix Barral

Jeroen Olyslaegers

Voluntad



ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

UNA REPENTINA NEVADA

CADERA ROTA, HOMBRE ROTO

TANTEANDO A TRAVÉS DEL POLVO, JADEANDO EN EL
AIRE HELADO DEL INVIERNO

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Durante la Segunda Guerra Mundial, y tras la ocupación alemana, Amberes se ve asediado por la violencia y la desconfianza. Wilfried Wils se siente poeta, pero se gana la vida como policía. Es ahí, en esa vida y época divididas entre la belleza (la de Yvette, la mujer enamorada de él; y la de Lode, un joven compañero de trabajo temerario que arriesga la vida para ayudar a los judíos) y el horror (su mentor artístico, Barbita Feroz, a quien le gustaría ver a todos los judíos aniquilados), donde Wilfried deberá escoger cuál es su bando y, por ende, su destino.



Seix Barral Biblioteca Formentor

Jeroen Olyslaegers

Voluntad

Traducción del neerlandés por
Marta Arguilé Bernal

Para la ninfa y para mi hijo Quinten

UNA REPENTINA NEVADA

Una repentina nevada. Me hace pensar en la guerra. No por el frío u otra molestia, sino por el silencio que fugazmente tiene a la ciudad entre sus garras. Ahora cae a raudales del cielo. Es de noche. Oigo los ruidos cuajar en una nada sorda. Y entonces alguien como yo debe echarse a la calle, muchacho, sea viejo o no. Sé que todos piensan: ahora se caerá y se romperá la cadera. Pronto estará con las patas en alto en una cama del hospital de Sint-Vincentius y luego todo habrá terminado para él, abatido definitivamente por una bacteria de las que proliferan en los hospitales. Es curioso cómo la gente mayor se contagia del miedo ajeno. Por ese miedo dejan que los encierren en asilos, dejan que los alimenten con estupideces y gachas frías, se conforman con una noche de bingo de mierda y una marroquí que les limpie el culo con un trozo de papel de váter. Cada cual es muy libre de conservar su miedo. Yo jamás he sentido miedo, no de verdad, y a este mico viejo ya no se le pueden enseñar trucos nuevos. Fuera la nieve cruje bajo mis botas. No, no son unos zapatos de postín, sino mis anticuadas botas de cordones que he conservado con esmero durante años, que he hecho remendar docenas de veces y que he engrasado casi cada semana; unas botas que ahora me permiten retroceder en el tiempo. Sigue nevando. Una vez vi la imagen ampliada de un copo en un periódico de la

sala de lectura de la biblioteca. Esos copos son piezas únicas, bellos mundos contruidos geoméricamente que ahora caen sin más sobre mi abrigo y mi sombrero. No, no voy a dedicarles ningún poema, nadie los lee ya y mi fuente está seca. La nieve transforma la ciudad, y no sólo la conmina al silencio sino quizá también a la reflexión, al recuerdo; al menos eso es lo que me sucede a mí. Cuando nieva, veo mejor. Cuando nieva en la ciudad, sabes lo que quiere decirte de verdad, lo que ha perdido, lo que olvidará. Renuncia a la ilusión del tiempo pasado.

Ante mí se halla el Stadspark destellando blancura. Espero y cierro los ojos por un instante. La luz amarilla de la calle se vuelve azul, tan azul como el cristal pintado de las antiguas lámparas de gas. Imagínate una ciudad sin apenas alumbrado, sólo un débil resplandor azul en la calle, por miedo a que caiga fuego del cielo. Si alguno de nosotros tenía la suerte de contar con una linterna de mano para la ronda nocturna, consideraba la luz como un privilegio que no era de la incumbencia de ningún alemán, con guerra o sin ella. A fin de cuentas, todo era ya bastante oscuro. Recuerdo que ese descontrol enfurecía a los alemanes. Tuvieron que amenazar con multas ridículas y hasta con la pena de muerte antes de que los ciudadanos fuesen más cuidadosos con su luz. He visto a Feldgendarmes montar en cólera cuando nos pillaban usando las linternas sin tapar. ¡Sabotaje! Y que si esto, que si lo otro. En la comisaría, nuestro inspector nos miraba: «¡Venga, chicos! ¡Tomáoslo en serio!». Nada de reprimendas, debíamos tomárnoslo en serio y se acabó. Bueno, nos habíamos quedado en el Stadspark, bañado por una débil luz azulada. Pero yo giro a la derecha. Entro despacito en la Quellinstraat. Tu bisabuelo ya no se fija en los escaparates. Contemplo la ciudad tal y como es de verdad: una mujer desnuda con una estola de piel blanca sobre los hombros, una de esas a las que un ciru-

jano tras otro no puede quitarle las zarpas de encima; que si un pecho nuevo, que si otra cara. Magníficos edificios han sido derribados aquí, bloques de oficinas han ocupado su lugar. ¿Sabías que antes había un gran hotel en la esquina de la Keyserlei, cerca de la ópera? Fue construido por un alemán antes de la guerra del 14. ¿Aprendiste algo en el colegio sobre Peter Benoit? Probablemente no y, en mi opinión, ni falta que hace. Antes nos enseñaban nombres y fechas, cosa que ahora se considera un error. Pero nadie, ni antes ni ahora, te suelta el bofetón que la historia es en realidad. Lo más jodido es que no se acaba nunca, no de veras. Sigue y sigue. Peter Benoit se ha convertido en el nombre de una calle. Cuando yo estaba en la escuela, casi teníamos que postrarnos ante él. «Enseñó a cantar a nuestro pueblo.» Un auténtico héroe, vaya. Delante de la ópera había una estatua de ese compositor, tan venerado en otros tiempos, rodeada por lo que la gente de entonces llamaba *la piscina de Camille* en honor a un alcalde del que seguramente no habrás oído hablar jamás y al que, si te soy sincero, yo sólo recuerdo vagamente. Así pues, el laureado artista, el hombre que dio lecciones de canto a su pueblo y que se alzaba ahí, inmortalizado en bronce, miraba por encima de un estanque adonde iban a mear los borrachos. La estatua fue trasladada, la llamada piscina fue desmantelada, y en cuanto al gran hotel que frecuentaban los elegantes oficiales alemanes para tomar un aperitivo con sus amigas durante la Segunda Guerra Mundial, ahora hay en su lugar un monstruo de hormigón que descuella sobre nada en particular. «¿Así, todo era mejor antes, yayo?», me parece oírte pensar. Y, por cierto, si tú y yo pudiéramos vernos, si la familia que un día formé y que ahora no quiere saber nada de mí nos lo permitiera, estoy seguro de que me llamarías «abuelo». La palabra yayo se está perdiendo. Pero te aseguro que antes no era mejor, sólo igual de malo. La imagi-

nación lo es todo. En el principio no existía el Verbo y, desde luego, no estaba con Dios. En el principio existía la imagen de la oscuridad, no lo olvides. Me detengo un momento en mitad de la calle. Dos grandes banderas negras cuelgan de un edificio que ya no está. En cada una de ellas hay dos runas que parecen rayos. Estoy ante el cuartel general de las SS en Flandes. Aquellos uniformes... Los polis nos volvíamos locos. A uno de mis colegas le cayó una bronca por no saludar a un mamarracho vestido de negro que ni siquiera era alemán, aunque estaba claro que habría preferido ver la luz por primera vez en, digamos, BimBamBaviera. Fantoques. Con tantos uniformes distintos no había forma de saber cuándo había que saludar y cuándo no. Te juro que a menudo tenía que morderme la lengua. Algunos de aquellos fanfarrones no tenían ni pizca de respeto, con tipos así daba lo mismo ir en pelotas. Al final de la calle tuerzo a la derecha. Deben de ser las cuatro de la madrugada. Sigue habiendo un silencio absoluto, sigue cayendo la nieve y no se ve ni un alma. Bueno, salvo por un drogadicto que me pide un euro. «Vete a tomar por culo», le digo. «Oye, viejo», farfulla. Miro de hito en hito sus ojos enrojecidos y le digo que ya estoy devorando su alma como un cancerbero infestado de lombrices, y que se largue de mi vista antes de que me apodere por completo de él. Tu patriarca se merienda a esa clase de gente, ¿lo sabías? ¿No me crees? Ya lo harás. Y quizá será una pena. Echo un vistazo. A mi derecha, al final de la Keyserlei, está la estación central, la catedral ferroviaria conocida como Middenstatie, aunque ya nadie la llame así. A mi izquierda, en la esquina de la Keyserlei con la Frankrijklei, está el café Atlantic, y encima, el hotel Weber, el cuartel general de la Feldkommandantur. Por ahí pululaban todos aquellos hombres vestidos de gris de campaña, primero con aire triunfal, arrastrándose de una cena elegante a otra, donde eran recibidos siempre

con la debida consideración: su jefe, por ejemplo, se inclinaba sobre una carpeta con antiguos dibujos a tinta de la ciudad que nuestro alcalde le había ofrecido como obsequio bizqueando como un búho sedado... Tanto revuelo para que apenas tres años más tarde representasen de nuevo su propio triunfo pasado, aunque para entonces ya supieran de sobra que su imperio milenario tenía las horas contadas. Ahora me desvío a la derecha, en dirección a la estación, y al cabo de unos diez metros vuelvo a girar a la derecha por la Vestingstraat. Hace frío, tengo unos veinte años. A cincuenta metros está la comisaría de policía del sexto distrito, mi distrito. Alguien grita a mi espalda:

—¡Wilfried!

No es mi verdadero nombre, pero ya te hablaré de eso más adelante. Un fulano llamado Metdepenningen, Lode, me alcanza y me da una palmada en el hombro. ¿Te dice algo ese nombre? Puede que sí. Pero no quiero poner todas mis cartas boca arriba de una vez. Sigue leyendo y todo se aclarará.

—Se me están congelando las pelotas, tío. —Lode resbala, está a punto de torcerse el tobillo. Consigo agarrarlo del codo en el último segundo y suelta un taco.

Acabamos de completar juntos nuestra instrucción. Tres meses oyendo estupideces y ya somos auxiliares de policía, lo que básicamente significaba que debíamos obedecer a cualquiera de más graduación y tener el uniforme limpio. Durante ese periodo vi a Lode morder con ahínco su lápiz y mirar fijamente aquella pizarra. Siempre que hacían una pregunta, él levantaba la mano. Un pelota, sin duda, y también un chico guapo: el pelo negro como el azabache, una sonrisa traviesa. Era hijo de un carnicero de la Astridplein. Fue Lode quien empezó nuestra amistad. Uno de esos tipos que después de la primera semana ya te dice que serás su amigo para toda la vida. «Cada día me enseñas algo

nuevo...», aún lo oigo decir. Justo en el momento en que empezamos a subir los cuatro escalones hasta la comisaría, salen dos Feldgendarmes. Nos miran y uno de ellos ladra:

—*Sofort mitkommen!*[1]

Algunos estereotipos son ciertos sin más. Todos esos alemanes uniformados hablaban así. De modo que los acompañamos, porque a esas alturas ya sabíamos que no nos quedaba otra que obedecer. Normalmente debíamos presentarnos para recibir órdenes, pero si un Feldcapullo ruge, lo sigues. Enfilamos por la Pelikaanstraat en dirección sur. Lode y yo caminamos detrás de los dos superhombres de uniforme en completo silencio, como un par de niños castigados. Los alemanes no llevan aquí ni siete meses y es como si todo fuera suyo desde hace años; la ciudad se ha abierto de piernas frente a esos hombres. Hay reglas para todo. Los peatones que van desde la Middenstatie hasta la calle Meir deben circular por la derecha; los que quieren ir en la dirección contraria, por la izquierda, ¡y ay de ti que vayas a contracorriente por equivocación! Si alguien hubiera propuesto algo semejante durante los años anteriores a la guerra, la gente se habría muerto de risa y ahogado las carcajadas en espuma de cerveza. Pero ahora, cuando uno de esa raza superior abre la boca, todos hacen lo que se les ordena, y encima están contentos: orden, por fin. Cruzamos la calle y pasamos por debajo de las vías en dirección al Kievitswijk. Nos detenemos dos calles más allá, junto a una casa con la fachada descascarillada. Uno de esos Feldgendarmes se sacude el polvillo de nieve y llama a la puerta con fuerza. Entre tanto, el otro nos dirige una mirada de «ahora vais a ver». Pero no sucede nada. La casa sólo parece más silenciosa por culpa de los golpes. El puño vuelve a martillar la puerta. Ahora oímos un ligero rumor. Alguien baja la escalera lamentándose en una lengua que no entiendo. La puerta se abre con un chirrido. Por la rendija ve-

mos un rostro ominoso de grandes ojos. De pronto la cabeza se estampa contra la puerta cuando los dos tipos la abren de golpe.

—¿Chaim Lizke? —ruge uno de ellos.

Oímos un murmullo. Los dos alemanes entran rápidamente, uno nos indica que esperemos fuera y cierra la puerta.

—Seguro que es otro refractario que se niega a cumplir con el trabajo obligatorio —susurro.

Lode no dice nada. Patea contra el suelo para combatir el frío. Tiene la mala fortuna de no poder permitirse unas botas tan recias como las que calzo yo. Debes saber que, en aquel tiempo, el suministro de uniformes era un desbarajuste, un «nido de urracas», como dicen en esta ciudad. El que tenía dinero para conseguir suficientes cupones de ropa iba más presentable que el resto. También eso volvía locos a los alemanes. Unos años más tarde nos obligaron a todos a comprar los nuevos uniformes que ellos mismos habían diseñado. Pero la medida no hizo más que empeorar las cosas porque para entonces sólo unos pocos inspectores estaban en condiciones de poder comprarse uno. Todos intentábamos llevar algo que al menos se viera presentable de lejos, y confiábamos en que no nos jodieran ni unos ni otros. Mientras, ha estallado un gran follón en la casa. Gritos y llanto. Oímos a niños chillar. Un armario se vuelca. Alguien baja rodando por la escalera. Más gritos. Pero las órdenes ladradas en alemán se imponen sobre todo lo demás. La puerta vuelve a abrirse de golpe y ahí están: la familia Lizke. Cinco niños a medio vestir entre los cuatro y los doce años, una mujer llorosa con un pañuelo torcido en la cabeza y el padre de familia que mira al suelo mientras la sangre le gotea de la oreja hinchada. «Una colección de israelitas», habría dicho irónicamente Barbita Feroz. Ya volverás a encontrártelo más adelante en esta historia. Te diré las